

# Los oídos del mundo



La « world music » gana cada vez más espacio en la programación de los festivales de verano, con propuestas atractivas y novedosas. El próximo día 5 los sonidos de los pigmeos africanos llegan al Festival de Músicas Religiosas de Gerona, mientras que La Mar de Músicas de Cartagena dedica la edición de este año a Turquía

*Stefano Russomanno*

Mando es una palabra que en el idioma de los pigmeos baka designa el vuelo de las abejas alrededor de la colmena. Al mismo tiempo, mando es una técnica vocal con la que los baka edifican una de las polifonías vocales más sugestivas nunca jamás concebidas. Los etnomusicólogos Simha Arom y Patrick Renaud tuvieron la suerte de grabarla en 1975 en una aldea de Camerún. Una decena de chicas baka entrelazaban sus voces de forma independiente y sin embargo perfectamente sincronizada: cada melodía diseña en el aire el vuelo de una abeja y se fusiona con las demás en una suma de abigarradas geometrías que producen al mismo tiempo la impresión de un conjunto sonoro compacto y ordenado. El asombro de los etnomusicólogos es también el nuestro: «el canto, especie de bucle continuamente renovado, arrastra al oyente hacia el interior de un fascinante laberinto sonoro».

**Malezas.** Los oídos del mundo son múltiples. Cada música, en su especificidad, supone e implica una cualidad diferente de escucha. Los oídos de los pigmeos, por ejemplo, se han desarrollado en estrecha simbiosis con la selva ecuatorial africana. En otras palabras: han crecido durante siglos en contacto con espacios saturados de vegetación, frondosos y rebosantes de vida, aunque esta animación resulta imposible de discernirse en todos sus detalles debido a la presencia de la maleza.

Así es precisamente la impresionante polifonía que desde la noche de los tiempos cultivan los pigmeos, de una complejidad que resulta aún más increíble si se piensa que no se apoya en ningún tipo de escritura, sino que se aprende y se transmite por medio de la tradición oral. Y este aspecto permite conciliar cierto grado de libertad individual con una sólida organización de conjunto. En las polifonías de los pigmeos no existen jerarquías establecidas. Cualquiera puede marcar las pautas de la pieza con entonar un primer canto: una especie de cantus firmus al que se suma gradualmente el resto de la colectividad en un contrapunto cada vez más denso, donde la melodía inicial queda sumergida por completo.

Selvas y enjambres: el oído de los pigmeos manifiesta una capacidad para abarcar los fenómenos globales que nosotros desconocemos. Mucho antes que la estocástica de Xenakis, los pigmeos habían conseguido de forma intuitiva pero perfectamente organizada ofrecer una representación sonora de lo que la ciencia actual denomina «sistemas complejos». Nuestro oído tiene la tendencia a separar, analizar, delimitar, reducir la complejidad a la suma de unidades simples. No en vano, el contrapunto occidental se basa en la nota (punctum). Los pigmeos, en cambio, construyen sus contrapuntos como superposiciones de múltiples capas sincronizadas entre ellas.

Los etnomusicólogos han constatado que, a pesar de su complejidad, en estas polifonías no hay más de cuatro partes reales. El resto son variaciones individuales introducidas sobre esta trama de fondo. Cada uno introduce su propia capa según patrones melódicos y rítmicos regulados aunque flexibles, ocupando los nichos dejados libres por los demás en un proceso de progresiva saturación que va llenando todos los huecos disponibles.

**El orden de la naturaleza.** La polifonía de los pigmeos se organiza de la misma forma que un ecosistema, pero de naturaleza musical. Su modelo de funcionamiento e inspiración no es más que la selva. Selva como imagen del mundo, representación del cosmos y la vida, en la que cada individuo se encuentra sumergido en una condición de total empatía. Si la polifonía occidental se presenta como un organismo sonoro cerrado en sí mismo, que el oyente contempla desde fuera como un grandioso edificio, las polifonías de los pigmeos son construcciones cuya finalidad es envolver al individuo y trasladarlo en medio de la colectividad y el Universo. No se trata de piezas de concierto sino más bien de bosques sonoros en los que, dentro de unos confines establecidos, cada uno establece el recorrido que más le conviene. Cada recorrido se superpone al otro sin eliminarlo, puesto que todos se inscriben en una estructura más amplia que los trasciende.

Buena parte de la música tradicional africana considera los sistemas musicales no como lenguajes simbólicos sino como reflejos directos y profundos del orden natural. Es más. En esta relación osmótica, la música precede a la realidad -la vertebra y la ordena- y no lo contrario. Los dioses son cantos; los antepasados son instrumentos musicales; la selva es un contrapunto y el Universo -tanto material como espiritual- es el eco sedimentado de un sonido originario. En definitiva, todo lo que existe es, en lo más profundo, música. Y nosotros también, aunque nos hemos olvidado de ello. Los pigmeos, con sus polifonías, nos lo recuerdan.